

THE ODD WOMEN: LA REBELION DE LA MUJER ANTE LA MORAL VICTORIANA, SEGUN GISSING

por María Socorro SUAREZ LAFUENTE (Universidad de Oviedo)

Cuando George Gissing (1857-1903) publica *The Odd Women* en 1893 la sociedad inglesa está sufriendo un cambio paulatino e inexorable que anticipa la llegada del nuevo siglo y el fin de la época victoriana; la clase trabajadora adquiere carta de naturaleza en la sociedad con la aprobación de los sindicatos en el Parlamento, con lo que pasa de ser una fuerza masiva y temida a debatirse en el ámbito de lo legal y lo aceptado; las mujeres, acuciadas por problemas seculares, tanto económicos como emocionales, y animadas por el talante renovador que se respira en Inglaterra en esta última década del siglo decimonónico, se dejan oír y reclaman también su puesto en la sociedad. Gissing, que siempre se había preocupado por los trabajadores en sus novelas, recoge ahora la bandera de las mujeres y la analiza detenidamente en *The Odd Women* antes de decidirse a enarbolarla.

A pesar del cambio y del evidente progreso, la médula espinal de la aún sociedad victoriana sigue siendo el «morals and manners», esa careta exterior, férreamente codificada, que preserva y anima al ciudadano inglés permitiéndole sobrevivir con integridad tanto los dramas y sinsabores familiares como las tormentas políticas y económicas de su país. Las «morals and manners» son inseparables, siendo las «manners» la exteriorización de las «morals», es decir, la prueba fehaciente de que se posee dicho concepto, y siendo las «morals» la razón de ser, en última instancia, de sus compañeras; son también indivisibles, pues no hay un límite racional donde se puedan articular: se mantienen o no, pero siempre en su totalidad. La isotopía fundamental del ámbito de influencia de este concepto es la sexualidad en todas sus manifestaciones, hasta el punto de que subordina todas las otras categorías morales y las reduce al campo del melodrama. Es fácil comprender la paradoja por la cual la propia sexualidad es tabú en el mundo de las «morals and manners» y sólo se alude a ella de manera velada, oscura y equívoca; así, un concepto tan transcendental para entender el mundo victoriano va a encontrar a duras penas un portavoz en su propio tiempo y su definición quedará reducida a una explicación por inferencia hasta los últimos años del siglo.

Solamente en literatura tenemos el privilegio de asistir al espectáculo abierto de la sexualidad victoriana. Esto es debido a la faceta omnisciente del

narrador, que penetra impunemente en la intimidad de los hogares y en la mente de los personajes, y que viaja de Chelsea a East End con la misma curiosidad y el mismo punto de vista. Así pues, sirviéndonos de *The Odd Women* como paradigma hagamos una cala en la impecable e imperturbable sociedad victoriana. Si consideramos que el hombre era parte integrante y motora de esa sociedad externa y aparente que dominaba el mundo de confín a confín, a la mujer, como fuerza vital, sólo le queda el ámbito interno y enclaustrado que se esconde furtivamente detrás de las fachadas victorianas. Efectivamente, la mujer, escondida, está en el centro neurálgico de la sexualidad, también escondida, a que aludíamos anteriormente. El papel propio de su sexo, conforme a las «morals and manners», es el de madre y esposa, y no se escatiman esfuerzos para que la mujer también lo entienda así: la pragmática dominante va encaminada íntegramente a ese fin, siendo la propia reina el ejemplo social incontestable. La religión es el gran aliado con el que cuenta el hombre en ese momento, siendo sintomático que al estereotipo femenino más invocado se le llame «angel in the house», con evidentes insinuaciones de abnegación y silencio. Sin embargo en *The Odd Women* Gissing plantea la argumentación sin recurrir para nada a la ayuda de la religión y ni uno solo de sus personajes se inmola en el auto-sacrificio, lo que convierte precisamente a esta novela en un tratado interesante sobre el fin de las «morals and manners». Edmund Widdowson es el último paladín de esta causa ya imposible en las postrimerías del siglo, y no sólo va a salir maltrecho de la lid sino que va a causar un daño gratuito e innecesario; con este personaje errado y negativo Gissing expulsa de su territorio de ficción a la figura paternal del hombre victoriano.

El propio título del libro hace referencia al medio millón de mujeres que por obligación o por propia voluntad vivían desarraigadas en Inglaterra, anulada su personalidad, porque no quedaba socialmente claro a quién pertenecían. «So many *odd women* - no making a pair with them. The pessimists call them useless, lost, futile lives. I, naturally -being one of them myself- take another view. I look upon them as a great reserve»¹. Quien habla es Rhoda Nunn, uno de los personajes principales en la novela, que representa a la mujer consciente de serlo y que quiere reafirmar su individualidad social y sexual aún en circunstancias muy adversas. Estas circunstancias habían sido glosadas ya en 1844 por Ann Lamb, que aprovecha la ocasión para poner de manifiesto las ventajas de la soltería:

«The unmarried woman is *somebody*; the married, *nobody*! The former shines in her own light; the latter is only the faint reflection of her husband's, in whom both law and public opinion suppose her «to be lost». She can have no will in her half-sort of existence, is utterly without power, a mere derivative, scarcely held responsible for her own actions! Surely the state of the much-ridiculed spinster is

(1) *The Odd Women* de GEORGE GISSING, Virago Modern Classics, London 1982, p.37. Todas las referencias a esta novela están tomadas de esta edición.

better than this very equivocal position, in which there is a great risk of losing our very identity...².

Ante opiniones tan peligrosas para la pervivencia del *status quo* no es de extrañar que las fuerzas vivas victorianas consideraran a las mujeres solteras como «anomalies whose very existence challenged the prevailing view of angelic wifedom as the natural fate of all women»³. Pero las «morals and manners», auténtico personaje macabro de muchas obras de ficción, acechando en la oscuridad, guarda otro naipe en la manga, su inseparable escudero Don Dinero; por muy grande que sean las ansias de individualidad y de libertad las mujeres anhelan el matrimonio por la protección económica que supone una vez que se quedan huérfanas de padre. Las hermanas Madden, poco dotadas física y materialmente, se vuelven avaras e hipocondriacas en su soledad, totalmente descartadas por la sociedad, y en su desvarío empujan a su hermana pequeña a un matrimonio descabellado, para hacer así realidad lo que había sido el único *leit-motiv* de su existencia: «Monica was sure to marry. Thank Heaven, she was sure to marry!» (p.12). Monica Madden se convierte, efectivamente, en Monica Widdowson y pasa de ser «An Independent Woman» en el capítulo III a conocer «The Clank of the Chains» dieciséis capítulos más adelante. La lucha sorda entre Widdowson y Monica es una transposición de la que se estaba librando en la sociedad de la época entre los partidarios de las «morals and manners» y las defensoras de la «new Woman», quien, en palabras de Gissing, sería:

A woman with man's capability of understanding and reasoning; free from superstition, religious or social; far above the ignoble weaknesses which men have been base enough to idealize in her sex. A woman who would scorn the vulgarity of jealousy, and yet know what it is to love. (p.176)

A las protagonistas de *The Odd Women*, Monica Widdowson, Rhoda Nunn y Mary Barfoot, las observamos desde un punto de vista masculino, bien sea éste del narrador, del primo Barfoot o de Edmund Widdowson. Siguiendo la trayectoria vital del propio Gissing podemos asumir que el autor participa emocionalmente de las dos posturas encontradas de Widdowson y Barfoot, y, por lo tanto, su ideal de mujer sería una fusión de Monica y Rhoda. Gissing podría muy bien ser Widdowson, el marido celoso e incongruente que hace la vida imposible a su esposa después de haberla arrastrado prácticamente al matrimonio, furioso tan sólo porque su mujer no responde al ideal que él se había forjado de ella en su imaginación. Si bien Gissing no puede ser tildado de celoso, sí cae en el mismo pecado que Widdowson cuando busca una chica joven a quien poder moldear y disciplinar a su gusto, de manera que ésta esté disponible cuando el marido emerja de sus quehaceres

(2) *Strong-Minded Women* (And Other Lost Voices From 19th-Century England), compilado y comentado por JANET H. MURRAY, Penguin Books 1984, p.50.

(3) Op.cit., p.48.

intelectuales y necesite servicio y admiración; pero esto excluye por completo la madurez personal de la esposa, lo cual no es óbice para que el amo de la casa exhiba una completa respectabilidad, ya que «Never had it occurred to Widdowson that a wife remains an individual, with rights and obligations independent of her wifely condition» (p.152). Asimismo procedió Gissing en el desastre emocional de sus dos matrimonios, abocados al fracaso ya antes de su consumación ante la desproporción entre la realidad y los sueños altruistas del autor, quien, como Everard Barfoot, hombre progresista y liberal, busca una compañera inteligente y sumisa, emancipada y servicial, y, cuando no la encuentra, reacciona con agresividad:

...more than half the misery of life is due to the ignorance and childishness of women. The average woman pretty closely resembles, in all intellectual considerations, the average male *idiot* - I speak medically... I am driven frantic by the crass imbecility of the typical woman⁴.

La clave de la paradoja reside en que antes de buscar a la compañera ideal hay que sentar unas bases sociales propicias para que la individualidad de la mujer pueda desarrollarse. Mientras prevalezca la doctrina de las «morals and manners» y la mujer se mueva entre la única alternativa ángel-prostituta, el círculo vicioso es inalterable: educadas por sus padres según los modelos victorianos nunca podrían salir de su indefensión si no fuese por mujeres como Rhoda Nunn, obligadas a definirse en la adolescencia ante la ausencia de una figura masculina protectora. «With a frankness peculiar to her, indicative of pride, Miss Nunn let it be known that she would have to earn her living, probably as a school teacher; study for examinations occupied most of her day...» (p.3). Por el contrario, sus amigas, las hermanas Madden, viven en su limbo victoriano bajo la tutela protectora y bienintencionada de su padre:

Let men grapple with the world; for, as the old hymn says, «'tis their nature to». I should grieve indeed if I thought my girls would ever have to distress themselves about money matters.(p. 1).

Llegados a este punto es necesario recordar las barreras tan estrictas que separaban las clases sociales en el siglo XIX, de tal manera que lo que define a una clase no cuenta en absoluto para definir a otra. El distanciamiento entre clases iba más allá del mero prejuicio social y alcanzaba incluso a las mentes más preclaras de la época, siendo Miss Barfoot y Rhoda un buen ejemplo de ello, ya que sólo admiten en sus filas a mujeres de la clase media: «...as soon as we begin to meddle with uneducated people, all our schemes and views are unsettled. We have to learn a new language, for one thing. But

(4) «How to Read Gissing», de JOHN HALPERIN. *George Gissing. Critical Essays*, compilado por J.P. Michaux, Vision, Barnes & Noble, New York 1981 (pp.66-67). Carta escrita a su amigo Eduard Bertz en 1893.

your missionary enterprise [Mrs. Smallbrook] is admirable» (p.53). Para evitar caer en el celo misionero y paternalista tan común en las relaciones de Londres con el East End a últimos de siglo, y fiel a su talla de escritor anglosajón naturalista, Gissing limita la lucha de la mujer por su emancipación a su ámbito real, aquel en que la mujer tiene resueltas las necesidades más elementales y una cierta capacidad de reacción intelectual a su entorno.

Estas heroínas, capaces de darse cuenta de su posición y condición, quieren también beneficiarse del devenir histórico-económico, espectacularmente favorable en las últimas décadas del siglo pasado, y al abrigo de las nuevas necesidades sociales luchan tenazmente y con escasos resultados contra su mayor enemigo, que es, paradójicamente, su compañero. En esta guerra de sexos, donde las «morals and manners» pierden definitivamente toda credibilidad, aunque no lleguen a desaparecer por completo, el hombre se defiende desde una posición de fuerza avalada por un derecho consuetudinario. La retórica al uso está magníficamente recogida en *The Odd Women*, siendo Widdowson, como era de esperar, su mejor portavoz: «They want to make women unwomanly, to make them unfit for the only duties women ought to perform» (p.163); la desesperada esposa asume con todo derecho el papel del lector sensibilizado ante esta cuestión y suspira «Oh, that word Duty!»; *Duty* es el alma y la inspiración de las «morals and manners». Junto al siempre invocado deber, menciona Widdowson otro de los argumentos favoritos: la pérdida de las características femeninas, definitivas de un colectivo totalmente despersonalizado. Y ya, cuando el movimiento de emancipación parece una realidad imparabile, el argumento se vuelve, por fin, socio-económico:

...in entering the commercial world, you not only unsex yourselves, but do a grievous wrong to the numberless men struggling hard for bare sustenance. You reduce salaries, you press into an already overcrowded field, you injure even your own sex by making it impossible for men to marry, who, if they earned enough, would be supporting a wife. (p.134).

La sociedad victoriana no escatimó detalles para mantener la supremacía masculina; se apeló al instinto maternal, se denunció el poco peso del cerebro femenino y la inestabilidad emocional de la mujer debido a su constitución hormonal, se potenció la economía doméstica en las escuelas de la clase media, con libros de texto con títulos como *Girls at Home*⁵, y algunos científicos conocidos, como el psiquiatra Henry Maudsley, no dudaron en comprometer su pluma por mantener a la mujer detrás de las convenientes fachadas victorianas: «A small volume, entitled "Sex in Education", which has been published recently by Dr. Edward Clarke of Boston, formerly a Professor in Harvard College, contains a somewhat startling description of the ba-

(5) Mencionado por CAROL DYHOUSE en «The role of women: from self-sacrifice to self-awareness». *The Victorians*, editado por Laurence Lerner, Methuen, 1978 (p.184).

neful effects upon female health which have been produced by an excessive educational strain...»⁶.

Este «sexual gap» ilustra la conmoción natural que surge en todo movimiento de independencia entre el elemento dominador y el dominado, y, así, sigue las mismas líneas que el «generation gap» contemporáneo, con los padres reacios a dejar marchar a los hijos, que son precisamente lo que les confiere entidad como padres⁷, y aquellos luchando por alcanzar una personalidad individual al precio de sus propios sufrimientos y errores. Que los maridos victorianos trataban a sus mujeres como a niños queda patente después de leer *The Odd Women*, donde Gissing se prodiga en ejemplos al respecto. Widdowson no es sino una autoritaria figura paternal para la rebelde Monica e intenta ganarse la obediencia de su mujer con promesas tan infantiles como: «And if we have a nice, quiet, comfortable week, I'll take you to the Crystal Palace concert next Saturday». (p.156). Teniendo en cuenta que los hijos eran un mero elemento decorativo en la familia hasta que tenían edad para ser educados convenientemente como continuadores del apellido y del imperio, cabe preguntarse si la actitud condescendiente del hombre no responde a un desplazamiento emocional, aparte de los evidentes condicionamientos sociales. Es fácil sentirse paternal e importante cuando se parte de verdades tan simples como que las mujeres nacían abocadas a

perpetual pupilage. Not that their inclinations were necessarily wanton; they were simply incapable of attaining maturity, remained throughout their life imperfect beings, at the mercy of craft, ever liable to be misled by childish misconceptions. (p.196).

Asímismo es dramático contemplar cómo se desmorona la propia situación de privilegio mantenida cómodamente durante siglos, cómo se vienen abajo las falsas verdades incontestables, insostenibles en cuanto se les aplican los mínimos conceptos lógicos que las mujeres habían conseguido formular hasta ese momento. Casi nos da pena Widdowson cuando se da cuenta de que «the bitterness of his situation lay in the fact that he had wedded a woman who irresistibly proved to him her claims as a human being. Reason and tradition contended in him, to his ceaseless torment». (p.197).

La mujer, pues, se debate, en el mundo victoriano, en el ámbito de la adolescencia, rodeada de condiciones adversas a su desarrollo emocional: no es solo Widdowson y otros maridos como él, sino todo el patrón hipócrita y dominante de las «morals and manners», que permite el flirteo en los salones y el adulterio oculto y callado, pero que prescribe el sentimiento del amor al someter a la mujer al marido hasta la muerte, por muy equivocado que haya sido el matrimonio; ni siquiera queda la mujer libre si abandona el hogar

(6) *Strong-Minded Women*, p.222.

(7) De la misma manera, en tiempos de Gissing, los hombres «felt increasingly that a wife who went out to work constituted some kind of slur on their capability as male providers for the family». «The role of women: from self-sacrifice to self-awareness», p.184.

pues no solamente no tiene derecho a nada de lo que hay en él, incluidos los hijos, sino que el marido sigue siendo amo y señor de todo lo que ella pueda ganar o adquirir en cualquier momento o lugar⁸. Las posibilidades de elección son, pues, nulas para las mujeres casadas, como ya lo habían sido a la hora de elegir marido en una sociedad donde la alternativa al matrimonio era la calle o el sometimiento total, con la consiguiente anulación de la personalidad, bien a familiares ricos o como institutrices mientras estuviesen en condiciones físicas, y, finalmente, las instituciones públicas para pobres. La propia Monica comprende su situación y la acepta:

As things went in the marriage war, she might esteem herself a most fortunate young woman. It seemed that he had really fallen in love with her; he might prove a devoted husband. She felt no love in return; but between the prospect of a marriage of esteem and that of no marriage at all there was little room for hesitation. (p.68).

Con unos márgenes tan restringidos de decisión y teniendo en cuenta que la psicología destaca esta capacidad como clave en el umbral de la adolescencia a la madurez, comprobamos la eficacia de la doctrina victoriana. En su ensayo sobre la adolescencia Jean Piaget escribe:

Hay personalidad, podríamos decir, a partir del momento en que se forma un «programa de vida» (*Lebensplan*), que a la vez sea fuente de disciplina para la voluntad e instrumento de cooperación; pero dicho plan de vida supone la intervención del pensamiento y de la reflexión libres, y es por esta razón por lo que no se elabora hasta que se cumplen ciertas condiciones intelectuales...⁹

La clave está, pues, en la libertad, en la emancipación. Mientras tanto la mujer sigue padeciendo los efectos de la adolescencia, es caprichosa, insegura y aparentemente imbécil (como decía Gissing en su carta) debido a su falta de experiencia: confunde el amor con el flirteo, como antes lo había confundido con la seguridad económica, y se deja engañar como una colegiala en sus relaciones sociales. La relación de Monica con Bevis ilustra perfectamente esta situación; cuando ella está dispuesta a abandonarlo todo por amor a él, Bevis la pone friamente en su lugar exponiéndole el lado práctico de las «manners»: «You know, if it were discovered that I had run away with you, it would damage my position terribly. I can't say what might happen. My darling, we shall have to be very careful». (p.230).

Mientras que la separación legal era prácticamente inexistente y sólo podía conseguirse a un precio prohibitivo para la mayor parte de la sociedad, y el abandono conyugal estaba prescrito por las «manners», como acabamos de ver, las «morals» que impulsaban al matrimonio y a la procreación se articulaban sobre la ya mencionada y omnipotente palabra «deber». Ya en 1862

(8) *The Subjection of Women*, de JOHN STUART MILL, publicado en 1869.

(9) JEAN PIAGET *Seis Estudios de psicología*, Planeta-De Agostini 1985, p.101.

William Greg, en su artículo «Why Are Women Redundant?» acusa a las mujeres solteras de no cumplir «the natural duties and labours of wives and mothers»¹⁰. Y en *The Odd Women* Micklethwaite acusa a Everard Barfoot de un crimen parecido ante la afirmación de éste de que probablemente no se casará nunca:

Then I think you will neglect a grave duty. Yes. It is the duty of every man, who has sufficient means, to maintain a wife. The life of unmarried women is a wretched one; every man who is able ought to save one of them from that fate. (p.93).

A pesar de advertencias tan severas, Gissing introduce en su novela a un grupo de mujeres solteras activas y eficaces en su labor social de ayudar a otras mujeres a prepararse para conseguir un puesto de trabajo y, desde la independencia económica, cambiar el punto de vista dominante sobre el matrimonio y el deber. Este grupo, encabezado por Mary Barfoot y Rhoda Nunn, se mueve con un entusiasmo casi misional, propio de la época, que habla por sí solo de la novedad de la situación:

It's better to be a woman, in our day. With us is all the joy of advance, the glory of conquering – Men have only material progress to think about. But we – we are winning souls, propagating a new religion, purifying the earth! (...) Thank Heaven we are women! (p.87).

Rhoda y Mary sobreviven sin grandes acosos sociales al margen de las «morals and manners» y preconizan el nuevo tipo de «odd woman», socialmente responsable y emocionalmente madura. Gissing, de nuevo el autor escrutinador, penetra en sus vidas y da fe de lo difícil que es mantener el entusiasmo. Rhoda mantiene una complicada relación con Everard Barfoot, la contrapartida masculina en la novela en cuanto a ideas liberales de igualdad sexual, y sólo mantiene su independencia por causas ajenas a su voluntad. Cuando comprende que Barfoot no volverá para hacerla su esposa Rhoda «threw herself with energy upon her work, stifling the repugnance with which at first it affected her, and seeming at length to recover the old enthusiasm. This was the only way of salvation». (p.282). Si recordamos las teorías de Piaget, podemos concluir que Rhoda, al menos, sí posee una personalidad individual y madura.

Gissing, sin embargo, no es un novelista dado a excesivos optimismos y *The Odd Women* acaba en un tono general de frustración. En una reseña anónima de la novela, publicada en el *Glasgow Herald* de 20 de abril de 1893, leemos:

We always feel at the opening pages of his books inclined to say of his characters «Heedless of their doom, the little victims play», for the author luxuriates as he closes in a holocaust of the affections – death, madness, or misery¹¹.

(10) *Strong-Minded Women*, p.51.

(11) *Gissing. The Critical Heritage*, editado por PIERRE COUSTILLAS y COLIN PARTRIDGE, Routledge & Kegan Paul 1972 (p.216).

La peor suerte la lleva aquí Monica, a quien la madre naturaleza, fiel aliada del marido dominante, le plantea la prueba definitiva; cuando Monica estaba dispuesta a abandonar a Widdowson y arrostrar en solitario todas las penalidades que se derivaran de tal acción, en un arranque de madurez incipiente, siente los síntomas de un embarazo no deseado y que le obliga a continuar bajo la tutela económica de su marido. Como no podía ser de otro modo en una novela aún decimonónica, Monica, agotada por las penalidades físicas y mentales, muere al dar a luz, restableciendo así la calma y el sentido de lo apropiado a la sociedad victoriana. Donde Gissing rompe una lanza en favor del futuro es en hacer que el fruto de matrimonio tan controvertido sea una niña y que Rhoda Nunn, ahora una fortalecida feminista, sea una de las pocas personas que la visiten; con Widdowson definitivamente apartado del escenario, Rhoda insta a la tía soltera que la cuida: «Make a brave woman of her», y la novela se acaba al compás de esta nota esperanzadora.

Se ha escrito mucho sobre la sinceridad o no de Gissing al tratar el tema de la emancipación de la mujer; a la vista de la argumentación de su ficción narrativa no debiera dudarse de su buena fe teórica, aunque sabemos por sus biógrafos que en su vida privada actuaba de manera irracional hacia sus sucesivas esposas. Cuando escribe *The Odd Women* su segundo matrimonio está en sus últimos estertores, a pesar de que su mujer había sido una novia inteligente e independiente dentro de sus posibilidades:

Unmarried, widely read, interested in the social questions of the day, independently wealthy, she wrote to Gissing (...) As the friendship quietly developed, it became clear to Gissing that this was something with which he could not yet cope. He saw that her motives were civilized, direct, friendly, that it was natural for an emancipated woman to enjoy meeting someone whose books showed he understood contemporary life and that there was nothing wrong with her taking the initiative in their relationship. But he found it difficult to reciprocate. He had never been put to the test in this simple way before. A vestigial awe of conventionally polite young women prevented him from accepting her as a human being with the same feelings, desires, thoughts as himself, even though his intellect told him that equal friendships between men and women just had to be possible. He unconsciously resisted her...¹²

Gissing, suficientemente inteligente para reconocer intelectualmente las necesidades y las miserias de su tiempo, lo es también para reconocer la paradoja que domina su vida: de talante liberal en lo teórico se comporta despóticamente con su familia, preocupado hasta la obsesión con la vida miserable y desesperanzada de la clase obrera, sus gustos le abocan hacia lo elitista y exclusivo. El mismo es, pues, la personificación de los conflictos originados

(12) *George Gissing. A Biography*, por MICHAEL COLLIE. Dawson & Sons 1977, (p.106).

por las encrucijadas de la época, la piedra de toque entre las «morals and manners» y el modernismo; «sex, money and class» constituyen, en palabras de John Halperin¹³, la esencia de su obra. De todos ellos es *The Odd Women* un buen exponente.

(13) *Gissing. A Life in Books*, de JOHN HALPERIN. Oxford University Press 1982. (p.4).